

Hay en él ciertas influencias extrañas, que seguramente irá perdiendo con los años. ¿A qué darle nombres, si él sabe a cuál de nuestros poetas admira con entusiasmo, y el lector de esta nota, por los versos transcritos, le ubicará con facilidad?

Entre sus inexperiencias de forma, queremos citar sólo una: el abuso del adverbio «como», que indica cierta pobreza de imaginación, y en el que caen con frecuencia escritores fogueados;

Eras tan simple y bella con tus cantos inútiles,
con tu lenta tristeza, con tu impulso hecho trizas.
Eras como un paisaje que venció al horizonte
y en el ruedo de sombras iluminada brizna.

Eras tan bella y frágil, tan lejana y sin forma,
así como un momento sobre el dudoso círculo.
Impaciente en mis brazos, despierta como un arco,
ofrendando tu agua, tu cabeza y tu clima.

Eras tan bella y próxima, realizada en el tiempo,
alta como una llama, ágil como una cimbra,
con tu nueva pregunta, tu ronda, tu palabra
y cortadas al viento las alas de tu risa.

Luis Merino Reyes no es un poeta de los que aparecen todos los días. Su juventud y las cualidades que deja ver en su primer libro nos hacen esperar obra de más aliento.—C. P. S.



LOS ALBAÑILES DE «LOS TAPES», por *Juan José Morosoli*.

El fino poeta que en «Los juegos» se mostrara Juan José Morosoli, ha hecho el silencio en su obra lírica, y con este libro

de relatos criollos—ya nos dió en «Hombres», admirables cuentos regionales, la medida de su prosa y de sus condiciones de narrador—se coloca entre los mejores cuentistas del Plata.

Con la habilidad técnica de Viana, Montiel Ballesteros y Quiroga, pinta el ambiente del campo uruguayo sin descripciones fatigosas, a trazos fuertes y firmes. Nos hace sentir la fragancia de su tierra y de sus cielos purísimos. «Las casas estaban pegadas contra el cielo. Las rectas se afinaban puras en el aire mordiente, de hielo. Todo tiritaba en el plano desnudo del campo. Un eucalipto fino y débil se doblaba lentamente, rumboso. El viento hereje parecía afeitar el pasto. La sonoridad total de aquella soledad tremenda solía traer algunos ecos de balidos. Eran tristes, como si fueran ruidos de la tarde del campo, más bien».

«De repente un punto negro pinchó la recta del infinito, donde están pegados como un papel el verde y el azul. Era un caballo viejo. Uno de esos «soltados para morir» que marchaba de anca al viento, lentamente, hacia las casas. El mancarrón humanizó el paisaje que recién entonces entró en los hombres».

Algunos prosistas del Plata han hecho del idioma español un dialecto áspero, y no pocos afirman que América debe formarse un lenguaje propio, algo así como un castellano silvestre traducido por el inmigrante italiano. Claro es que tal pretensión no es tomada en serio por un Capdevila o un Reyles, pero tiene devotos que la pregonan. Juan José Morosoli nos muestra en este libro su dominio del idioma y su conocimiento perfecto del habla popular. No nos fatiga con diálogos de difícil lectura, y sabe hallar la nota pintoresca que en todo el continente, y en España misma, será comprendida sin acotaciones que la expliquen.

Sin prédicas redentoras, la miseria y el fatalismo del campesino uruguayo aparecen en esta obra de Morosoli, y es suficiente condenación su pintura para el régimen que cultiva. No ha caído, como tantos, en el error de querer hacer de la obra literaria un medio de propaganda socialista.

Editado por la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, que lleva publicados más de veinte volúmenes de escritores argentinos y uruguayos, es de lamentar que este libro no llegue a las librerías chilenas. El acercamiento espiritual sigue siendo apenas un buen deseo de algunos.—C. P. S.



ROMANCE DE LUCES Y ESPADAS, por *Augusto Santelices*. (1)

Junto al nombre del poeta Julio Barrenechea, consagrado con su libro «Imagen del sueño», quedará el de Augusto Santelices entre lo bueno que nos ha dado la generación última de la lírica chilena. Despreciando modas pasajeras que sólo atraen nuestra curiosidad, sigue el camino diáfano de la sencillez, lleno de armonía su verso de fina sugerencia.

Muestra de su manera poética es este «Romance breve»:

Ya no veré las alas
blancas de su sonrisa:
ligera luz del alba
sobre una rosa lívida.

No escucharé su voz
como en sueños perdida.
No filtraba el silencio
gota más desvalida.

Ya no horada el camino
su delgada pupila.
Sol vencido en la niebla,
ventana sin sonrisa.

(1) Imprenta de la Escuela de Ciegos y Sordomudos.—Santiago. 1936.